

I

El conserje silbaba mientras limpiaba el silencioso pasillo del instituto con una fregona antediluviana. Delgado y sesentón, daba gracias por tener un trabajo estable, a diferencia de muchos otros familiares suyos. Procedía del oeste de Jamaica, donde el trabajo escaseaba. Mientras cumplía su cometido, soñaba con la neblina de las Montañas Azules cercanas al lugar donde había nacido.

Por las ventanas se veía florecer otro día más de abril en San Francisco: radiante, tibio, con los árboles cubiertos de brotecillos verdes. El conserje pasó por delante de las oficinas de administración, donde se oía el ruidito apagado de un afanado teclear en los ordenadores, y luego siguió por el vestíbulo vacío, con sus largas vitrinas donde se exhibían los trofeos acumulados por los estudiantes a lo largo de los cincuenta años de existencia del centro. Eran en su mayoría de los equipos de baloncesto y fútbol americano.

El resto de las vitrinas contenían fotografías de antiguos estudiantes y profesores. Empezaban con vis-

tosas fotos Kodachrome de principios de la década de 1960, que mostraban animadoras rubias con los labios pintados de rosa y conjuntos rojos, y finalizaban con fotos digitales impresas en papel estriado. En ellas aparecían todos los estilos de indumentarias habidos y por haber del último medio siglo: *country*, *hippy*, *punk*, *rock*, gótico y cualquier otra variante.

Entre los centenares de fotos destacaban algunos rostros. Una chica graduada en 1969 llevaba un peinado afro tan gigantesco que no cabía en la foto. Un chico rubio de la década de 1970, con gafas ovaladas de montura metálica, era clavado a John Denver. También había una fotografía más reciente de un chico de aspecto saludable con pómulos marcados, *piercing* en la nariz y un rostro atractivo y sensible, que llevaba el pelo largo recogido detrás de las orejas. Al lado aparecía en otra foto la misma cara, pero sin el *piercing*, con el pelo más corto y una expresión más intensa. Muchos visitantes se habían detenido a sacarles una foto a estos dos jóvenes, los únicos gemelos univitelinos de la promoción de graduados de 2005.

El conserje siguió su ruta habitual mientras fregaba el suelo y pasó por delante de las aulas de ciencias del primer piso. En la primera, el profesor Hadley, un vejesterio con gafas de miope con montura negra y voz soporífera, mataba de aburrimiento a los estudiantes con sus explicaciones sobre el Pleistoceno. La

mayoría estaban con la cabeza apoyada en el pupitre y otros se evadían enviando mensajes de texto.

En la siguiente aula, una profesora veinteañera nueva, remilgada y sureña, intentaba controlar a una bulliciosa clase de alumnos de más edad mientras hablaba de las complejidades de la polinización cruzada. En la pizarra había un diagrama de un estambre y un pistilo, pero nadie le prestaba atención. Algunos alumnos de los pupitres próximos a la puerta estaban tragando con deleite comida basura para desayunar. Uno de ellos roció con almíbar de arce una pila de panqueques envasados en una cajita de polietileno. En la clase se oían móviles sonando y emitiendo pitidos.

La última aula del pasillo era sin embargo distinta del resto, parecía haberse detenido en el tiempo en ella. En un rincón ardía un quemador bunsen. En la pared colgaba el gráfico de un átomo y en el techo había un diagrama del sistema solar. La pizarra estaba cubierta con una fórmula larga y compleja. Los únicos objetos que reflejaban la época actual era una serie de ordenadores alineados contra la pared, pero hoy nadie los usaba.

Una docena de alumnos de compleción y estaturas distintas escuchaban embelesados al profesor Peter Keller. A sus cuarenta y dos años era un tipo de pelo canoso alborotado, y ojos color aguamarina. Llevaba una camisa blanca con las mangas arremangadas.

Pese a su curtido rostro cubierto de arrugas, desbordaba vitalidad. Mientras hablaba con el desparpajo y la fluidez de un actor, brillaba con luz propia llevado por su pasión por la ciencia.

Los alumnos le escuchaban atentamente mientras vertía en un medidor sesenta mililitros de agua y los echaba en una lata de refresco vacía. Usando unas tenacillas, colocó con cuidado la lata sobre el quemador bunsen. Año tras año, la primera clase de física que impartía era la más popular del instituto. Incluso a menudo había una lista de espera por si alguien se daba de baja, aunque esto raras veces ocurría. Era famoso por infundir a sus estudiantes respeto y amor por la ciencia. Quizás era por eso que muchas alumnas estaban cada día más coladas por los huesitos de Keller, aunque él apenas lo advertía y nunca lo fomentaba. A decir verdad, fuera de clase era un tipo silencioso y tímido y en cierto modo misterioso.

Se giró y contempló a sus alumnos.

—A ver quién me puede responder esta pregunta. ¿Por qué una persona flota cuando la arrojamos al agua y un libro en cambio se hunde?

—Pues yo no floto —comentó Eddie Campos, un mocetón rubio con un corte de pelo a lo mohicano que era el payaso de la clase—. Una vez intenté nadar, pero me hundí como una piedra.

Los estudiantes se rieron.

—Te lo plantearé de otro modo, Campos. ¿Por qué todo el mundo menos tú flota y un libro en cambio se hunde?

—Por la densidad —respondió Eddie.

—Gracias. Por lo que veo no eres tan denso como parece. No entiendo por qué no flotas.

Los alumnos soltaron unas risitas. En la clase reinaba un ambiente cálido y agradable.

—Esos cócteles en capas que molan tanto también se pueden preparar gracias a la densidad, ¿verdad? —preguntó Eddie.

—Sí, pero por desgracia en los exámenes finales no saldrán. ¿Alguien más quiere hacer alguna pregunta?

Un chico menudo de ojos verdes que llevaba una sudadera con capucha levantó la mano.

—Dime, Colin.

—¿Cuándo nos enseñará física cuántica?

—Cuando acabe de dar la normal..., pero al paso que vamos me parece que no será hasta el 2017.

—He oído decir que según la física cuántica es posible viajar a través del tiempo. ¡Me encantaría probarlo!

Peter sonrió.

—Es cierto. ¿Y te gustaría viajar al futuro o al pasado?

—Creo que al pasado, cuando las cosas eran más sencillas.

—¿Ah, sí? —dijo Keller—. ¿Te gustaría leer a la luz de una vela, calentarte a la lumbre, suponiendo que

dispusieras de bastante leña o carbón, y viajar a pie o a caballo sin poder ir demasiado lejos? ¡Ah!, y además tener que cazar para comer, es decir, que si no atrapabas ningún animal o pez te morías de hambre. ¿Es eso lo que te gustaría?

Colin sonrió avergonzado y meneó la cabeza.

—Bueno, visto así es otra cosa.

—Pues es *tal* como lo oyes, amigo mío, porque hace sólo un siglo se llevaba esta clase de vida en la mayoría de lugares, e incluso hoy día se sigue llevando en algunas partes.

El profesor contempló un momento el paisaje por la ventana ensimismado en sus propias reflexiones.

—En realidad, las teorías de Einstein sugieren que es posible viajar en el tiempo. Pero como aún nos quedan algunos problemas técnicos por resolver, creo que tardaremos muchos años en lograrlo. ¿Alguna otra pregunta?

—¿Es verdad que hay tanto espacio dentro de un átomo que deberíamos poder atravesar las paredes? —insistió Colin.

—En teoría, sí. Pero las probabilidades son tan absurdamente infinitesimales que tendrías que intentarlo durante muchísimo tiempo. Aunque si quieres hacerlo, me parece genial. A tus espaldas tienes una pared, Morley.

Peter señaló la pared del fondo del aula, invitando a Colin a intentar atravesarla.

Colin sonrió sacudiendo la cabeza.

Monica Bennett, una chica morena y nerviosa que hablaba bajito, levantó la mano. El profesor Keller le indicó que hiciera la pregunta.

—¿Qué ocurrió antes del Big Bang?

Jane Sinclair, la chica alfa de la clase, alta, de facciones angulosas y pelo negro, soltó unas risitas.

—¡Qué pregunta más estúpida! —exclamó mofándose de su compañera.

Keller le lanzó una mirada reprobadora.

—¿Es que sabes la respuesta, Sinclair?

—Bueno... —respondió ella poniéndose roja como un tomate. Clavó los ojos en el suelo, indicando que no la sabía.

—Pues yo tampoco —admitió Keller—. Y si algún alumno la descubre recibirá el Premio Nobel y tendrá que llevarme con él a Estocolmo a la entrega de galardones.

—Mi hermano mayor fue alumno suyo y me ha dicho que usted antes trabajaba para el Gobierno fabricando bombas o algo por el estilo. ¿Es verdad? —preguntó John Segal, un deportista de rostro picaruelo, reclinándose en la silla.

—¿Cómo se llama tu hermano?

—David Segal.

—¿Es el David Segal al que pillaron fumando marihuana?

—¡Anda! Pues sí.

Se oyó una risa general.

—Creo que a tu hermano se le ha ido la olla de tantos petardos que se ha liado —musitó Peter abriendo los ojos de par en par para producir un mayor efecto. Los alumnos soltaron unas risitas—. ¿Alguna otra pregunta?

Monica Bennett levantó la mano.

—¿Sí? —preguntó Peter.

—Creo que el agua está hirviendo.

Peter miró la lata de refresco.

—Es verdad —respondió—. ¡Vale! Poneos todos las gafas protectoras y venid.

Los estudiantes se pusieron las gafas y se apiñaron alrededor de Peter, que también se protegió con las suyas.

—¿Dónde está el cubo?

Colin fue a buscar un cubo blanco de plástico lleno de agua fría. Lo dejó en el suelo, al lado de la mesa de laboratorio.

—¿Estáis preparados? Eddie, ¿dónde están tus gafas? Eddie Campos las encontró y se las puso.

—Bien —dijo Keller—. ¿Qué creéis que va a pasar?

—De la lata saldrá un chorro de agua —respondió Campos.

—¿Alguien más tiene alguna otra respuesta?

—La lengüeta se romperá y el agua caliente saldrá a chorros —se aventuró a decir Colin.

—No creo que pase nada —comentó John Segal.

—Pues veámoslo —respondió Peter.

Con la ayuda de unas tenazas sacó con tiento la lata del quemador bunsen y luego con un movimiento rápido y seguro le dio la vuelta y la sumergió en el cubo de agua fría. La lata estalló. En la clase se oyó un murmullo de aprobación.

—¡Qué pasada! —exclamó Eddie Campos—. Es un experimento buenísimo, profesor Keller.

Al sonar el timbre anunciando el fin de la clase, los alumnos, pegando un bote, se levantaron de las sillas, agarraron los libros y las mochilas y se sacaron las gafas a toda prisa. Peter apagó el quemador bunsen y se sacó también las gafas.

—El lunes quiero que me entreguéis un trabajo explicando las leyes físicas que han hecho estallar la lata.

Mientras los alumnos se apelotonaban en la puerta para salir disparados, Peter echó una mirada por la ventana: estaba lloviendo a cántaros. Después se dirigió a la parte delantera de la clase, donde sobre la pizarra colgaba una gran pantalla de proyección. Se la quedó mirando pensativo mientras el último estudiante se marchaba.



La puerta se cerró y Peter se quedó solo. Se frotó los ojos y luego abrió con una llave un archivador que

había al lado del escritorio. Hurgó en el interior y mientras lo hacía sacó de paso una foto en blanco y negro de una joven muy guapa de tez olivácea y ojos almendrados que miraba a la cámara. Sacó también el libro y el cojín de meditación que buscaba.

Dejó la foto sobre una montaña de papeles acumulados en el escritorio y hojeó el libro. Después se giró hacia la pantalla situada en la parte delantera del aula y empezó a subirla.

—¿Peter?

Sobresaltado, dejó caer la pantalla cubriendo lo que había escrito en la pizarra. Dori Morgan, la profesora del instituto licenciada en Filología francesa, estaba plantada ante la puerta abierta. Rubia y de ojos grises, tenía una sonrisa cálida de esas que te pasarías horas mirando y una risa melodiosa. En varias ocasiones le había pedido si quería ir con ella a tomar un café, pero él nunca había aceptado la invitación.

—Hola, Peter. ¿Irás esta noche a la reunión de la junta directiva del distrito? Podríamos ir juntos con el coche.

—Mmm, no —respondió él toqueteando algunos papeles y mirando hacia otra parte—. Tengo un montón de trabajos por calificar.

Ella se echó a reír.

—Es viernes, Peter.

Dori se apoyó en el marco de la puerta expectante. Él podía oler su perfume. El científico que había en

él intentó identificar los ingredientes: olía por partes iguales a aceite cítrico y a alguna otra sustancia, tal vez a jazmín.

Si Dori se le acercaba, Peter temía que viera que el artículo escrito por ella, que le había prometido revisar hacía meses, seguía en la montaña de papeles apilados en su escritorio, junto con algunos artículos suyos que debía mandar a varias revistas. Pero de algún modo no había podido reunir la energía para hacerlo. En la pila de papeles también había varias fotos más de la misma mujer, Manuela. Peter intentó tapar parte de la vista del escritorio para que Dori no las viera.

—Lo siento, aún no me he ocupado de tu artículo —admitió. Decidió que lo mejor era curarse en salud.

—¡Oh, no pasa nada! No te preocupes —repuso ella sonriendo afablemente—. ¿Estás seguro de que no quieres venir?

—Iré la próxima vez.

—Bueno, pues no te molesto más —dijo Dori girándose para irse, pero titubeó, dándole la oportunidad de cambiar de opinión—. Que tengas un buen fin de semana.

—Y tú también —respondió él sin levantar la vista, removiendo los papeles amontonados sobre el escritorio.

—Nos vemos el lunes entonces.

—Claro. Hasta el lunes. Disfruta de la reunión.

Se volvió y la contempló con sentimientos tan encontrados mientras ella se alejaba que ni siquiera sabía de qué clase eran.

Dori, con su melena rubia platino y su rostro plácido, era tan atractiva como las estrellas de las películas suecas que tanto le gustaban de joven. Había deseado que con el tiempo se estableciera algún vínculo entre ellos, pero aún no había sucedido.

De muchas formas, estaban hechos el uno para el otro. Dori era una mujer divorciada sin hijos. Su vida giraba en torno al instituto, donde trabajaba las mismas largas horas que él. Tenían más o menos la misma edad y no era como algunas de las mujeres con las que había salido, que ni siquiera conocían la música de la discográfica Motown.

Dori le escuchaba hablar con evidente interés. Incluso cuando se daban la mano saltaban chispas entre ellos. Pero él se sacó estas ideas de la cabeza. Le hacían sentirse culpable.

La última vez que había hablado con Dori fue cuando ella le entregó el artículo, que él dejó sobre la montaña de papeles apilados en su escritorio: manuscritos pendientes de publicar y fotos para seleccionar, enmarcar o poner en álbumes. Y allí seguían todavía.

Y la culpable de todo era la mujer de la foto: Manuela.